

Se le diera la gana
 De zurrar á esta silva la pavana
 Y de hacerlo delante de la gente,
 Pues yo mismo, aunque fuera á mi despecho,
 (No pudiendo olvidarme de que es mía)
 Mirando la justicia no tendria
 Mas que decir á todo: *muy bien hecho*.

Y tan es cierto que lo encuentro justo
 Y que me temo mucho una descarga
 Por haberme salido con mi gusto,
 Que con objeto de que el sabio adusto,
 No halle esta silva demasiado larga,
 Una vez que tú, luna,
 No me has de consolar si tal sucede,
 Lo cual (aquí en confianza) muy bien puede,
 Por un capricho cruel de la fortuna,
 Bien convencido de que en todo caso
 Francos y leales seguiremos siendo
 Tan amigos como ántes,
 Te dejo preparándole á la aurora
 El dulce néctar de los nuevos broches,
 Y sin mas que decirte por ahora,
 Con el alma, tu humilde servidora,
 Me alegraré que pases buenas noches.

1873

EL REO DE MUERTE.

Al eminente actor D. José Valero.

... Esa noche, ardiendo el pueblo,
 De animacion y entusiasmo
 Bajo el influjo sublime
 De tu genio soberano,
 Todo era bravos y dianas,
 Todo era vivas y aplausos,
 Todo cariño en los ojos,
 Todo cariño en los labios,
 Y todo flores, laureles,
 Admiracion y... entretanto,
 Allá muy léjos, muy léjos,
 Sonando lento y pausado,
 Se alzaba entre las tinieblas
 Y entre el silencio un cadalso,
 Sin otro eco que el latido
 Del pecho del condenado
 Que en diálogo con la muerte
 Velaba en un subterráneo.

Aquel cadalso se alzaba
 Cada vez mas y mas alto,
 Como un espectro, sombrío,
 Como un vampiro, callado,
 Como una tumba, implacable,
 Y como un monstruo, inhumano;
 Se alzaba y sin que ninguno
 Oyera aquel ruido amargo,
 Por los sollozos de un hombre
 Solamente acompañado.
 La humanidad impasible
 Bajo su mudo letargo,
 Miraba crecer y alzarse
 Las formas de aquel cadalso,
 Cuando tú, tú que escuchaste
 Sus ecos tristes y vagos
 Te levantaste por ella
 Con la voz del entusiasmo,
 Y en presencia de aquel pueblo
 Y en frente de aquel tablado
 Ceñida con tus laureles
 La hiciste hablar por tus labios,
 Salvando al sol de aquel día
 Del rubor de aquel cadalso.

Yo no sé si ya habrá muerto
 Aquel que en su desamparo,

Aun mas que unos pocos días,
 Y aun mas que unos pocos años,
 Pudó gozar la dulzura
 De ver á su hijo en los brazos,
 Libré del infame nombre
 De hijo del ajusticiado;
 Pero yo que desde niño
 Aprendí lleno de espanto
 A aborrecer los verdugos
 Y á maldecir los cadalsos,
 Dejo á la gloria que entonces
 Para ensalzarte su canto
 Y del condenado á muerte
 Bajo los recuerdos gratos,
 En nombre suyo, las gracia
 De la humanidad te mando.

1873

A JOSEFINA PEREZ.

(EN SU ÁLBUM)

En cambio de los cielos
 de amor y sentimiento
 Que al alma adolorida
 abrió tu inspiración,
 Y en cambio de las horas
 de olvido al sufrimiento,
 Que á tu arpa dulce y blanda
 le debe el corazón.
 En cambio; nuestros cantos
 y todo lo que encierra
 De bueno y amoroso
 nuestra alma y nuestro ser
 Y en cambio nuestras flores,
 las flores de esta tierra,
 Tu nido como alondra,
 Salvando tu altar como mujer.

1873



A LA EMINENTE ACTRIZ

SALVADORA CAYRON.

Si del bosque fecundo
 No quise flores cortar,
 Cuando vi en mi afan profundo
 Que al robárselas al mundo
 Se las robaba á tu altar;
 En mi ánsia por tributarte
 Mi ofrenda de admiracion.
 Acudo, señora, á darte
 Si no las flores del arte
 Las flores del corazón.

1873

ADIOS A MEXICO.

Escrita para la Sra. Cayron y leida por ella en su
funcion de despedida.

Pues que el destino en pos,
Débil contra su cadena,
Frente al deber que lo ordena
Tengo que decirte *adios*,

Antes que mi boca se abra
Para dar paso á ese acento,
La voz de mi sentimiento
Quiere hablarte *una palabra*.

Que muy bien pudiera ser
Que cuando de aquí me aleje,
Al decirte *adios*, te deje
Para no volverte á ver.

Y así entre el mal con que lucho
Y que en el dolor me abisma,

Yo anhele que por mí misma
Sepas *que te quiero mucho*.

Que enamorada de tí
Desde ántes de conocerte,
Yo vine solo por verte,
Y al verte *te puse aquí*.

Que mi alma reconocida
Te adora con loco empeño,
Porque tu amor era el sueño
Mas hermoso de mi vida.

Que del libro de mi historia
Te dejo la hoja mas beila,
Porque en esa hoja destella
Tu gloria mas que mi gloria.

Que soñaba en no dejarte
Sino hasta el postrer momento,
Partiendo mi pensamiento
Entre tu amor y el del *arte*.

Y que hoy ante esa ilusion
Que se borra y se deshace,
Siento ¡ay de mí! que se hace
Pedazos mi corazon

Tal vez ya nunca en mi anhele
Podré endulzar mi tristeza

Con ver sobre mi cabeza
El esplendor de tu cielo

Tal vez ya nunca á mi oído
Resonará en la mañana,
La voz del ave temprana
Que canta desde su nido.

Y tal vez en los amores
Con que te adoro y te admiro,
Estas flores que hoy aspiro
Serán *tus últimas flores*.

Pero si afectos tan tiernos
Quiere el destino que deje,
Y que me aparte y me aleje
Para no volver á vernos:

Bajo la luz de este día
De encanto inefable y puro,
Al darte mi *adios* te juro,
!Oh dulce México mia!

Que si *él* con sus fuerzas trunca
Todos los humanos lazos,
Te arrancará de mis brazos,
Pero de mi pecho, *nunca!*

1873

Que donde usted nos deje
Por seguir en el vuelo á su Tenorio,
Después irá florar al purgatorio
Sin tener quien la mine aunque se deje
Conque mucho cuidado
Si siente usted un ángel á su lado,
Que yo como usted Asuncion me lo permita
Le aconsejo y le

A ASUNCION

(EN SU ÁLBUM.)

Que después de Rosario y Margarita
No admita usted mas ángeles consigo.
Estése usted con ellas
Mire usted Asuncion: aunque algun ángel
Compañero de tales cosas
Que tocabas de tales cosas
Tobas las horas, hechas por el día,
De venir por la noche á hacer el *oso*,
Viva usted muchos años
(Como un hombre criado en un ómo)
Llevársela de aquí, como le ha dicho
Y mañana que solo á parte exterior
Se encuentre por después de estas
Si busca usted un ángel en el cielo,
Ni á dar con el tal ángel un mal paso;
Estése usted dormida,
Debajo de las sábanas metida,
Y deje usted que le hable
Y que la vuelva á hablar y que se endiable,
Que entónces con un dedo
Puesto sobre otro en cruz, afuera miedo!
No vaya usted á rendirse
Ante el ruego ó las lágrimas y á irse....

Que donde usted nos deje
 Por seguir en el vuelo á su Tenorio,
 Despues irá llorar al purgatorio
 Sin tener quien la mime aunque se queje
 Conque mucho cuidado
 Si siente usted un ángel á su lado,
 Que yo como su amigo,
 Con tal que usted Asuncion me lo permita,
 Le aconsejo y le digo
 Qué despues de Rosario y Margarita
 No admita usted mas ángeles consigo.
 Estése usted con ellas
 Compartiendo delicias é ilusiones,
 Que rodeada de tales corazones
 Todas las horas tienen que ser bellas;
 Viva usted muchos años
 (Como un humilde criado le diria)
 Y mañana que sola ó entre extraños
 Se encuentre por desgracia en este dia,
 Si busca usted una alma que la ame,
 Llame usted á mi pecho, y con que llame,
 Si no estoy muerto encontrará la mia.

1873

ROMANCERO DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.

EL GIRO.

Medio oculta entre la selva
 Como un nido entre las ramas
 Y medio hundida en el fondo
 Tranquilo de una cañada,
 Allá por aquellos tiempos
 Hubo en Landin (1) una casa
 Que no por ser tan sencilla
 Ni de una fecha tan larga,
 Era ménos pintoresca
 Ni tampoco ménos blanca.
 Sombrea su puerta un olmo
 De hojosas y verdes ramas,
 Punto de citas de todas
 Las aves de las montañas;

(1) Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.

Y en uno de sus costados,
 Brotando límpida y clara,
 Saltaba entre los terrones
 Y entre las yerbas el agua,
 De noche siempre tranquila
 Y eternamente callada,
 Apenas el sol naciente
 Filtraba por sus ventanas,
 Cuando estremeciendo el aire,
 Sonaban dulces y claras,
 La voz de una cuna hablando
 De cuanto los niños hablan;
 La voz de una madre, rica
 De sentimientos y de alma;
 Y la voz de un hombre que era
 La eterna voz de la patria,
 Soñando ya con sus glorias
 Y ya con sus esperanzas.
 Tez cobriza como aquellos
 Primeros hijos de Anáhuac,
 Que tantas veces hicieron
 Temblar de miedo a la España,
 Cuando la España atrevida
 Midió con ellos sus armas;
 Fuerte y ágil como todos
 Los hijos de las montañas;
 Como un labriego, robusto;
 Como un patriota, entusiasta.

Como un valiente, atrevido,
 Y como un jóven, todo alma.
 El hombre de aquellas selvas,
 El hombre de aquella casa,
 Era el eterno modelo
 De esas figuras sagradas
 Que en el altar de los siglos
 Hacen un Dios de una estátua
 Veinticinco años apenas
 Por ese tiempo contaba,
 Y de sus nobles heridas
 La suma aun era mas larga,
 Que no hubo por el Bajío
 Ningun combate ni hazaña
 Donde su ardor no estuviera,
 Donde faltara su lanza;
 Ni donde al grito de muerte
 Sus huellas no señalara
 Con el licor de sus venas
 O el de las venas extrañas.
 Y allí tranquilo y oculto
 Su triste vida pasaba,
 Lamentando en su impotencia
 La esclavitud de la patria
 Que renunciando á la lucha
 Renunciaba á la esperanza:
 Cuando una mañana, á la hora
 Que el último sueño marca,

Despertó, oyendo á lo léjos
 Un ruido confuso de armas;
 Y adivinando al instante
 La suerte que le amagaba,
 Bajo del lecho al influjo
 De una decision extraña;
 Besa en los lábios á su hijo,
 Besa en la frente á su amada,
 Clava los ojos ardientes
 En la entreabierta ventana,
 Y al ver por sus enemigos
 Ya casi envuelta su casa,
 Saita á las rocas, y entre ellos
 Se escapa por la montaña.

II.

Aun nõ se alzaba del todo
 La niebla de la mañana,
 Y aun no acertaban á darse
 Cuenta de tamaña audacia
 Los sitiadores furiosos
 Que sorprenderle esperaban,
 Cuando al galope y bajando
 Camino de la cañada,
 Vieron venir á lo léjos
 Un grupo de gente armada,
 Compuesto de ocho ginetes
 Y el hombre que los mandaba,
 En mayor número que ellos

Y con superiores armas,
 Seguros de la victoria
 Fácil que se les aguarda.
 Todos empuñan las riendas,
 Todos afirman la lanza,
 Todos ven al enemigo,
 Todos miden la distancia,
 Y en silencio y todos ellos
 Prontos á ponerse en marcha,
 Solo esperan á que llegue
 La hora de entrar en batalla.
 Los insurgentes en tanto
 Viendo las huestes contrarias,
 Más de coraje la encienden
 Y más de amor la entusiasman,
 Y ansiosos de dar su sangre
 Por la salud de la patria,
 Sobre el caballo se inclinan,
 La floja rienda adelantan.
 Y fijos los barboquejos
 Y el sombrero hacia la espalda,
 Entre la niebla y el polvo
 Corren, y vuelan y avanzan,
 Siguiendo entre los peñascos
 Al hombre de la cañada.
 Y ya los de Bustamante*

* El general D. Anastasio Bustamante, presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista.

Su primer paso avanzaban,
 Anhelando en su impaciencia
 Como acortar la distancia
 Que la interpuesta colina
 Con un recodo aumentaba:
 Cuando de pié en lo mas alto
 De las rocas escarpadas,
 Vieron alzarse á un ginete
 Que con voz sonora y clara,
 —“Yo soy el Giro—les dijo,
 —Si al Giro es á quien aguardan;
 Y el que lo busque que venga
 Si tiene honor y tiene alma,
 Que á todos espera el Giro
 Frente á frente y cara á cara.”—
 Dijo: y los fieros dragones
 Al grito de “viva España!”
 Como un solo hombre treparon
 Hasta donde el Giro estaba
 Dispuesto como los suyos
 A sucumbir por la patria,
 Y fué la lucha, y terribles
 Al dar la espantosa carga,
 Insurgentes y realistas
 Ardiendo en cólera y rabia,
 Se entremezclaron sedientos
 De victoria y de matanza
 Quiso la triste fortuna

Favorecer á la España,
 El brillo de sus fulgores
 Negándole á nuestras armas,
 Que ya de los insurgentes
 Uno tan solo quedaba
 A caballo todavía,
 Pero ya herido y sin armas,
 Era el Giro, que entre doce
 Dragones que le rodeaban,
 Sin rendirse al desaliento
 Ni inclinarse á la desgracia,
 Luchaba y arremetía
 Contra el que más se acercaba,
 Convirtiendo á su caballo
 A un tiempo en escudo y arma.
 Por fin un brazo atrevido
 Clavó en su pecho una lanza,
 Perder haciéndole el poto
 Aliento que le quedaba;
 Pero él aunque ya en el suelo,
 Con fuerza siempre y con alma,
 Coje la lanza, del pecho
 Sin vacilar se la arranca,
 Y estremecido y al grito
 De independencía y de patria,
 De pié sobre los peñascos
 A sus contrarios aguarda;
 Y despues de herir á todos

Los que acercársele ensayan,
 Hace huir á los restantes,
 Que ante heroicidad tamaña
 Se alejan, y desde léjos
 Lo rematan á pedradas.

III.

Mártir, que toda tu sangre
 Supiste dar por la patria;
 Tú, de los desconocidos
 Que murieron por salvarla,
 Gracias por tu fortaleza,
 Por tu sacrificio, gracias!

1873

Y le envidia conmigo sea recordado
 Y le envidia conmigo sea recordado
 Y alegre en el amor en que se arde
 Ni siquiera pensaba en ese instante
 Que su madre distante, muy distante
 Casi en esa misma hora se moría

CINERARIA

Ante el cadáver de la Sra. Luz Presa.

Jamás pensé al venir á estas regiones
 Que mis palabras últimas serian
 Para hablar á un cadáver,
 Ni nunca que las notas de mi canto
 Al perderse en los aires sonarian
 Mezcladas con el eco de mi llanto.

Cuando yo vine aquí, casi acababa
 De sentir y estrechar entre mis brazos
 Al buen amigo que en su noble empeño,
 Soñaba en un laurel para la frente
 De la que hoy duerme en el sepulcro el sueño
 Que dura y se prolonga eternamente.
 Y ese hermano me hablaba del cariño
 El mas puro entre todos los amores,
 Sin penas, sin temores,
 Casi volviéndose al hablarme un niño;